Javier de Mendoza, “El Contador”

En las oscuras callejuelas del puerto de Ysblia siempre ha habido peligros. Hay quien dice que el puerto era una cala de piratas antes de que se fundara la ciudad. Incluso algunos eruditos afirman que caen maldiciones sobre todo aquel que recoja las monedas que llegan arrastradas por las corrientes de naufragios de barcos aún más malditos. Pero saben sus mercedes que el vulgo dice tantas cosas y tan pocas verdades...

Sean ciertas estas historias o no, los monipodios y mafias campan a sus anchas por el inmenso puerto, casi una ciudad por derecho propio. Estos criminales causan más males a los refugiados que la misma guerra de la que huyen. La plaga, por su parte, amenaza donde el crimen no llega, pegándose a las gentes como la brea, arrastrándose a un camino de padecimientos donde el fin de la agonía se alcanza con dos metros de tierra tras una emotiva misa. Pero siempre hay alguien que, como la mala hierba, logra medrar hasta en la roca madre. Y en la capital del Purgatorio, la mala hierba es Javier de Mendoza.

Dicen que Mendoza formose en Toletum como leguleyo y bachiller, pasando directamente a contador de los ejércitos reales.  Siendo diestro con los números, lo era aún más con las palabras, tan lisonjero que era capaz de sacar virtudes de la mierda y perfumes de lo meado. Lo más preocupante es que convencía de ello a sus contertulios. Fue precisamente esta habilidad, la de persuadir, no la de ir oliendo meados, la que le hiciera destacar en su puesto. Al estallar la Guerra Fiel, los soldados bisoños se levantaban de la mesa de reclutamiento del regimiento de Mendoza con los ojos llorosos, agradeciendo al contador el permitirles unirse a los Tercios. En Segóbriga hubo pueblos enteros en los que no quedó un hombre sin alistar, para solaz de los mozos casaderos de pueblos vecinos. El poco, en Saracusta, hubo inquisidores que colgaron sus hábitos para defenestrar herejes a base de hierro y fuego al otro lado de Europa. Aunque pensándolo bien, eso no fue, un gran cambio para ellos. Cruzando el continente aprendió nuevas lenguas y nuevas formas de convencer, plegando a su voluntad a cuantos tuvieran la desgracia de caer en su embrujo. Siempre cruzaban el cerco de sus dientes las palabras exactas para hacer dudar al gentilhombre y al villano, al pagano o al pío, al que le quería abrirle el colodrillo de un disparo o al que prefería sacarle las tripas.

En un golpe de mano, su carro con las pagas de los soldados fue capturado por batidores suabos. Estuvo a punto de ser degollado, pero de nuevo su lengua le sacó del atolladero: Su vida a cambio de traicionar a Iberia. No le pareció un mal trato, así que siguió trabajando para Galos y protestantes hasta que fue finalmente capturado. Condenado a galeras de por vida partió hacia el Virreinato de Tiberia. Pero antes de perder en el horizonte las costas de Catalonia, inició un motín, poniendo el barco en dirección a Rusadir. En el Califato vendió la galera. Y de paso, subastó a toda la tripulación como esclavos. Esta pequeña fortuna creció mientras incrementaban los ejércitos de los emires en una escalada sin precedentes, trayendo mercenarios de toda Europa para formar a las tropas.

La leyenda de “El Contador”, llegó pronto al otro lado del Mar Entretierras. El Cabildo de Ysblia, admirado por sus métodos, esperaban que pudiera hacer lo mismo por la Casa de Yndias, cuyos barcos languidecían en puerto por falta de marinos. El Cabildo logró la inmunidad para Mendoza mientras estuviera en Ysblia, con firma de Don José Juan de Germania, del Cabildo y se dice que hasta del mismísimo Padre. Mendoza accedió, y durante años ha alimentado con carne humana el sueño de Yndias.

Con la nueva situación de Iberia, “El Contador” continúa doblegando lealtades al mejor postor. Con tantos bandos y rencillas, en medio de la desesperación de los gentiles, se hace de oro enviado hombres capaces hacia la puerta del que más le pague.  Públicamente, la situación incomoda a los Veinticuatro, pero lo toleran a regañadientes para seguir contando con sus servicios también para sus intereses particulares. No todo el mundo puede poner de tu parte a un pequeño ejército de la noche a la mañana.

Mendoza otea la ciudad desde su archivo en la rotunda Torre del Cabrestante, situada en las antiguas Atarazanas Reales. Hay quien dice que lo han visto formando parte de alguna cuadrilla. Nadie conoce el motivo. Los mentideros murmuran que busca un objeto encantado del que supo en el Califato, en la Calle de los Dragones son más partidarios de que busca las fuerzas oscuras a las que vendió su alma con intención recuperarla, mientras que, en el muelle, todos especulan con que pronto levantará su propio bando en la contienda. Sin embargo, los que han tenido tratos con él dicen que Mendoza disfruta doblegando voluntades con una sola frase y el gesto de abrir su carpeta llena de títulos, permisos, maravedíes, bulas o tesoros. Pero lo único que es seguro es que Mendoza va a seguir gangando sirviendo a todos y a ninguno.

Breve descripción de su personalidad (atuendo, armas, etcétera):

Se trata de un hombre enjuto, de apariencia lastimera y retorcida, como los pétreos demonios de las catedrales, de sonrisa aduladora y unos ojos esquivos.  Aún viste ropajes de bachiller y una blanca lechuguilla al cuello, resaltando su figura oscura y exhausta como la misma Iberia. Su pelo largo y laso, junto a su perilla, perfectamente cepillados ocultan que se acerca al medio siglo de existencia. Su figura suele encorvarse bajo el peso de una enorme carpeta llena de cuentas, cartas, papeles y útiles de escritura, dando el aspecto de un viejo profesor perdido por las callejuelas.

Pero bajo esta apariencia de hombre humillado y servil, esconde la aviesa intención de hacer bajar la guardia a sus oponentes. No existen ni la lealtad ni el honor para Mendoza. Es la pura esencia del pagador mercenario, pone dinero para que luchen otros. Y es el mejor en lo que hace. Rehúye el combate como a la peste, esperando estar cerca de su contendiente para emplear su arma favorita, la labia. Si esto fallara, en una de sus carpetas hay una inmensa pistola gala que ha disparado más de una vez a la cara de algún incauto que aguardaba un puñado de maravedíes prometidos por Mendoza segundos antes.

Javier de Mendoza no es un cobarde ni un traidor. Es la deslealtad personificada. Y como de una llama en los campos agostados, es también la meca que siembra la duda y la traición a su alrededor. Es una arma de doble filo, así que los jefes de cuadrilla deberían de ser como mínimo precavidos ante su presencia, independientemente del bando en el que comience la contienda.